

demonios

de m. a. lafoz

¿Cuántas veces me he dicho a mi mismo que no, que es una locura? ¿Y cuántas veces me he contestado... con la mano en el corazón?

Me miro al espejo y veo un rostro de ojos vacíos, de labios resecos y piel agrietada. Y veo reflejado en aquel cristal al anciano que hace años, moribundo, me contó una extraña historia entre susurros, sin apenas abrir los labios, con la cabeza medio pelada y amarillenta, hundida en aquella almohada que parecía querer tragárselo con vida... pero que mantenía los ojos abiertos y fijos en los míos, tal vez el único lugar de su cuerpo con fuerzas para seguir viviendo.

Veo aquellos ojos no reflejados en el cristal, sino en mi memoria. Oigo, en la soledad de mi baño, aquellos susurros entrecortados. Siento sobre mi piel desnuda la extraña y apagada luz que daban las lámparas de aquella habitación de hospital donde nos encontrábamos. Y mi mente vuelve a reproducir sus palabras en mi cerebro como una realidad grabada a fuego en mi piel.

Noto como mi lengua se seca, como mi garganta se niega a seguir tragando, y vuelvo a vivir aquel segundo, aquel momento, aquella pieza de mi vida que cambió el puzzle que hasta entonces había estado sobre el tablero en el que había nadado tranquilamente. No quiero... pero el motor vuelve a ponerse en marcha, y mi cerebro da imágenes a las voces que deambulan ciegas por la oscuridad de mi mente.

Y vuelvo a ver a ese niño, jugando tranquilamente en aquella plaza empedrada, con aquella pelota de cuero que no hacía más de tres días que le había regalado su padre, al volver de un largo viaje a la ciudad. Un golpe del destino la aleja de su lado, y siete u ocho diabólicos botes la acercan a la entreabierta puerta de aquella iglesia en ruinas, que durante siglos corona la sombra de aquel centro del mundo donde siempre ha jugado. Se acerca despacio a por ella, nunca le ha gustado ese sitio. Siente escalofríos con solo mirar aquel inmenso edificio, aquel trozo de piedra labrada. Recoge entre sus manos su balón nuevo, al subir los escalones. Sus manos tiemblan sin sentido. Alza los ojos hacia el oscuro hueco que aquellas puertas entreabiertas muestran ante él, como una garganta infinita que amenaza con tragárselo de un solo bocado. Su cerebro le amenaza para que no lo haga, pero un magnetismo lo tiene prisionero. Ve con toda claridad los bancos de madera de su interior, aquellos santos iluminados con la apagada luz de las velas, respira el olor de los lugares cerrados, siente sobre su piel la angustia de ojos de cera que claman al cielo. Y ve aquella figura, pequeña, oscura, de espaldas, que mira el altar de aquella iglesia en silencio, allí plantado, en medio de la nada. Ve su pequeño rabo ondulando entre sus piernas, donde

tendría que estar su diminuto culo (pero que no es más que un punto oscuro), ondulando como la divertida cola de un gato pidiendo comida. Nota la frialdad que irradia aquel ser, incluso desde aquella distancia. Y de repente ve como se vuelve, hacia él, como si lo estuviera esperando, unos enormes ojos verdes sin pupilas mirándole fijamente. Ve reflejada una sonrisa en aquel rostro sin rostro, una sonrisa en unos labios que no existen. Sabe que le habla, solo a él, mientras su pelota amenaza con caérsele de las manos. No ve moverse sus labios, pues estos no existen, pero su cerebro capta sus palabras, mientras el miedo vuelve a permitirle recuperar su cuerpo y sale de allí corriendo. No es una frase. No es una amenaza. Es una fecha. Sin explicaciones. Sin más.

La historia no sería más que una estúpida fábula de un abuelo moribundo, dice mi anciano pariente desde la cama de aquel hospital que se lo traga en silencio frente a mis ojos, *estarás pensando*. Y yo mismo así lo habría creído si no fuera porque muchos años después, en aquella misma plaza, alguien me llamó para contarme una historia. Yo no conocía de nada al hombre que me presentaron, sentado en la oxidada mesa de una terraza de bar cualquiera, y que temblando contaba la historia de un ser que, de pequeños, encontraron un día en la plaza de un pueblo vecino espiándoles, oscuro, pequeño, enclenque. Agazapado al resguardo de la oscuridad de una esquina. Con ojos verdes y penetrantes. Mostrando una sonrisa que no se veía, unos labios que no existían. Lo ahuyentamos a pedradas, decía el anciano regocijándose de su osadía. Pero, ¿no temblaban sus manos al contarlo? ¿Acaso no le habría dicho una fecha, entre susurros?

Desde entonces no volví a ver a ese ser, dijo mi anciano abuelo, descansando definitivamente sobre aquella cama, dejando de luchar contra una muerte que parecía divertirse con su agotada energía.

Yo miré a mi abuelo en silencio. ¿Creía su historia? Mi cerebro contestaba “no” a la pregunta. ¿Pero era cierta esa contestación? ¿Acaso no temblaba mi cuerpo? Algo me hizo mover los labios, involuntariamente, y en el silencio que reinaba en aquel punto del mundo escuché decir, con una voz que no parecía en nada la mía:

- ¿Qué fecha te dijo, abuelo?

Él me miró, sonriendo. Y aunque sus labios ya no volvieron a moverse más, y aunque de su garganta ya no volvió a brotar ningún aliento, mi corazón supo que su respuesta fue... “hoy”.

Aquella fue la última noche que pasó mi abuelo en este mundo. ¿Por qué había decidido pasarla conmigo? ¿Por qué había querido contarme solo a mí aquella historia? Salí del hospital con millones de preguntas rondando mi cerebro, como moscas que ansiosas intentan posarse sobre la sangre seca de una herida reciente. Las manos en mis bolsillos, mi mente lejos de mi cuerpo, escalofríos recorriendo mi espina dorsal.

Decidí ir andando a casa, después de dar la triste noticia a mi mujer, que dijo que me esperaría despierta. El metro me engulló con su silencio, conduciéndome por los túneles de la ciudad como un gusano recorriendo su madriguera.

Intenté fundirme en el tumulto que abarrotaba las distintas estaciones, y sentando en aquel pequeño asiento de plástico, con las manos hundidas en los amplios bolsillos de mi chaqueta, mi mente repitió mil veces, con todo tipo de detalles, la extraña conversación que mi abuelo me había regalado, minutos antes, como un extraño testamento que solo yo podía comprender. ¿Por qué si no me habría elegido a mí como destinatario? Cada palabra, cada gesto, cada suspiro... se incrustaban en mi piel y hacia que extraños escalofríos recorrieran mi espina dorsal. Sabía que no debía olvidar el menor segundo de aquel momento que desde entonces convirtió mi vida en una línea recta, desde la cual no podría verse nunca el horizonte, pero que allí estaría siempre, esperándome.

Entonces lo noté. La frialdad. El silencio. La oscuridad. Aquellos ojos verdes. Aquella sonrisa sin labios. Aquel rostro sin formas.

Alcé la vista del suelo hacia él, pues sabía donde estaba. La oscuridad de aquella esquina lo tenía devorado. Aun así yo podía verlo. Aun así podía reconocer su contorno, el vaivén de su corto rabo,

(como la cola de un gato pidiendo comida)
su sonrisa sin labios.

Me volví en todas direcciones, esperando que alguien más se hubiera percatado de la existencia de aquellos ojos verdes, enormes, que parecían flotar en aquella oscuridad, que lo llenaban todo. Pero nadie parecía haberse dado cuenta. *¿Por qué van a hacerlo? Están allí solo para ti*, le dijo su abuelo, en el rincón más perdido de su mente.

Un frío extraño entumeció mis piernas, recorrió mis muslos, dejó vacío mi estómago. Estrujó mis entrañas sin miramiento alguno y paralizó durante segundo mi corazón. Dejó sin sentido las palabras en mi cerebro y luego desapareció sin más, de la misma manera que aquellos ojos, que aquella silueta, que todos mis miedos.

- No te preocupes, lo he imaginado todo – me susurré, esperando convencerme.

Pero aquella fecha se quedó grabada en mi cerebro, aquella fecha que había sido pronunciada por aquella boca sin labios, por aquella garganta sin agujero.

Recuerdo cada segundo como si hubiera sido hace cinco minutos. Miro mi rostro en este espejo y veo reflejado un rostro cansado, demasiado parecido al rostro de mi anciano abuelo, demasiado idéntico al de aquel desdichado muerto con vida. Veo el miedo reflejado en mis pupilas, siento esa sensación estrujando de nuevo mi alma. Respiro las últimas bocanadas de aire aunque mis pulmones apenas ya distinguen el aire de vida del humo de la muerte.

Anoche vi sus ojos verdes en mis sueños, como un extraño recordatorio. Al despertar he mirado a mi mujer, aun durmiendo. He sentido la necesidad de despertarla, de decirle al oído lo que hace ya muchos años me dijo mi abuelo minutos antes de morir. Pero tan solo he tenido fuerzas para seguir mirándola, aquel rostro tranquilo, aquel sedoso cabello, aquellas mejillas sonrosadas. Le he dado un ligero beso en los labios, sin

despertarla. Es lo único que quiero llevarme de ella. Me miro de nuevo en el espejo y salgo por fin a la calle.

Hoy es el día, se cumple la fecha que, como una fría daga, se mantiene clavada en mi cerebro.

Hoy es el día. Tal vez me esté esperando a la vuelta de la siguiente esquina, con aquellos ojos, con su pequeño rabito ondulando en la oscuridad de un callejón sin nombre, con aquella sonrisa en unos labios que solo existen en mi mente.

Solo me llevo su beso. Inundo mi mente de ese momento.

Es un bonito pensamiento. El mejor último pensamiento que podría llevar conmigo.

Algo dentro de mí ha vuelto a moverse. Creo que es la muerte, que en silencio busca un sitio donde sentarse... una butaca en primera fila, para no perderse el espectáculo.

Sonrío por fin tranquilo... y espero su llegada.

Valencia, 29 de enero de 2007.